

# Boletín de la Academia Colombiana

---

TOMO XXI — 1971 — NUMERO 89

---

PORTE PAGADO

HOMENAJE A SANIN CANO

EDUARDO GUZMAN ESPONDA

LA PROYECCION ESPIRITUAL DE SANIN CANO

RAFAEL MAYA

MIGUEL ANTONIO CARO

GABRIEL PORRAS TROCENIS

REFLEXIONES SOBRE HUMANISMO CLASICO

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI

LOS JUEGOS FLORALES

GERMAN ARCINIEGAS

VIDA DEL LENGUAJE

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CRONICA DE LA ACADEMIA

BANCO DE LA REPUBLICA  
BIBLIOTECA LUIS ANGELO ARBORELI  
HEMEROTECA



BOGOTA - COLOMBIA

CARRERA 3-A. NUMERO 17-34

APARTADOS: NACIONAL: 815. DEL CORREO AEREO: 13.922

---

Tarifa postal reducida número 117 de la Administración Postal Nacional

---

## EL «VIEJA» Y EL «NIÑA» DE LA COSTA

Por AMIRA DE LA ROSA

Son palabras que tienen un vergel en las rendijas. Ni la niña se enfada porque le digan «vieja» ni la vieja se extraña de que la llamen «niña». Desde luego son acepciones de que gozan estos vocablos en la fantasía de la costa colombiana. No están en el diccionario. Ni hace falta. Si hay algo que tiene libertad de movimiento en el tráfico lingüístico son estas voces que entrañan afecto. Acepciones que quedan ahí para que, otro día, algún día, no corre prisa, se fije en ellas la «muy docta» y las incorpore, al idioma, así sea con indulgencia, ya que es un vocabulario un tris caprichoso. Entre tanto ahí van esas expresiones por la vida, a su aire, con ceñidura amorosa y garantía de buena casta porque no son colgajos sino finas colgaduras.

«¡Vieja...!».

Así entra el hombre en el hogar, llamando a su mujer, por toda la casa, con esa palabra de afecto, sabida, gustada, dulcemente sobrellena de emoción discreta, recibida siempre por la esposa como un riego fresco. Si un día la llamase él por su nombre —Olga o Patricia— ella pensaría desconcertada ¡qué desabrimiento tendrá mi marido! Porque «vieja», en este caso, es una voz de excelencia que tiene su sitio en la certidumbre del cariño, con título de continuidad acreditada y atadura con el pasado. «Vieja» es un vocablo sin alardes ni vehemencias de amor; dulce pero pudorosa, recatada, escogida, para el uso diario, para ser dicha delante de todos.

Para nombrar a la esposa con sus hijos él dirá «la mamá»; con la familia y con los amigos íntimos él puede referirse a «la vieja»; ya que, «vieja» es esa expresión de amor austero, como si dijéramos, en traje de calle. Y con esa palabra es con la que los esposos —porque ella también dice «viejo»— hilvanan a todas horas el afecto sencillez, edificante, profundo y con raíces confortables.

A todas estas consideraciones me ha llevado la carta, que en estos días he recibido, de un excelente amigo y excelente persona

a todas luces. «La vieja está en estos días entregada al embellecimiento de la finca». Y esta «vieja» de él, es una rosa, con el cutis terso, el talle airoso y esa fragante alegría costeña de todos conocida.

---

La palabra «niña» aplicada a las mujeres mayores también es otro venturoso vocablo de nuestra costa. «Niña» es la vieja, es la adolescente y es la criatura. Es una voz de abrumador comedido. La decimos frecuentemente. «Niña» es una coma en el habla de confianza, una pausa dichosa. «Niña» entre un vocablo y otro de los de la frase, es un respiro amable, una pepita de oro a flor de tierra, una especie de bordoncillo, que se repite en el camino de la conversación, pero no por vicio del lenguaje, no por muletilla y vicio del pensamiento, sino intencionalmente, por insistencia y porfía solícita del cariño, porque ese vocablo por sí solo entraña ternura.

La afirmación y la negación —entre otras formas— acompañadas del «niña» son frases que van a la charla familiar: «No, niña». «Sí, niña». Y sin ese asiento, especie de coladura, no se levantaría la frase, como se levanta, enhiesta y expresiva.

Y a lo que vamos. A la señora mayor a la cual se le ha dicho «niña» siempre, sigue con el llamado toda la vida. En los pueblos no se le regatea ese milagro renovado de infancia a través de los años. Y si el marido le ha dicho «niña» a su mujer, en lugar de «vieja», la seguirá llamando «niña», así esté cargada de años.

Por eso, la hija doncellina de la casa pregunta un día, por preguntar lo que sabe:

—Papá, ¿por qué a mamá, que es joven, tú la llamas «vieja» y el abuelo siempre a la abuelita «niña», ven «niña» dónde estás «niña»?

El padre contesta con propiedad:

—Hija. Es igual. Son modos del cariño.